

LIBRO dot.com

ANTOLOGÍA DE POESÍA GAUCHESCA
VARIOS AUTORES

ANTOLOGÍA DE POESÍA GAUCHESCA

**Varios
Autores**

LIBRO dot.com

<http://www.librodot.com>

ANTOLOGÍA
DE
POESÍA GAUCHESCA

VARIOS AUTORES

JOSE ALONSO Y TRELLES

("EL VIEJO PANCHO")

(1857-1924)

¡HOPA... HOPA... HOPA...!

Casi anochecido, cerquita de mi rancho,
 cuando con mis penas conversaba a solas,
 sentí ayer ruidaje como de pezuñas
 y el grito campero de "¡hopa!, ¡hopa!, ¡hopa!"...
 Salí, y en lo oscuro vide uno de poncho
 yevando a los tientos lazo y boleadoras,
 que al tranco espacioso de un matungo zálino
 arriaba animales que parecían sombras.
 "Paresé, aparcerero, paresé y disculpe,-
 le dije: -¿qué bichos yeva en esa tropa?"
 -"Voy pa la tablada de los gauchos zonzos
 a venderles miles de esperanzas gordas".-
 -"Si el mrcáo promete y engolosinado
 güelve po' estos pagos en procura de otras,
 no olvide que tengo mis potreros yenos,
 y que hasta e regalo se las cedo todas"...
 Sonrióse el tropero, que era el Desengaño,
 talonió el matungo derecho a las sombras,
 y aún tráe a mis oídos el viento e la noche
 su grito campero de "¡hopa!, ¡hopa!, ¡hopa!"

REMEDIIO

Reyunála no más ande la encuentres
 si te engañó, gurí;
 reyunála, no más, pa que en la vida
 pueda rírse de ti.
 ¡Ah, malhaya la oreja e la chiruza
 que dispregió mi amor!...
 ¡No habérsela peláo p'hacer con ella
 presiva al maneador!

COSAS DE VIEJO...

¡Que por qué ando yo ansina como enojáo y triste!
 ¿Pa qué querés saberlo, mi linda flor del céibo?
 Los días del verano, que son pal mozo auroras,
 son tardes melancólicas pa los que van pa viejos.
 Pa yo pioder contarte la historia de mis penas
 tendría que ir despacio pialando mis recuerdos...
 dejálos que el olvido los ate a su palenque,

que yo, pa dir guapiando, ya no preciso de ellos.
 Más bien cebá un amargo de los que tú acostumbrás
 pa despuntar el vivio... para dir haciendo tiempo...
 ¡Quién sabe si algún día, sin óirlo de mis labios,
 no sabés por qué peno!
 Pero hoy tuvía es temprano pa que esa cabecita,
 que pide pa adornarse la roja flor del ceibo,
 comprenda que se pueden hayar sobre la almohada
 tristezas que nos áhugan en vez de lindos sueños.
 Cebá, cebáme, un mate, que yo pa entretenerte,
 te ví a contar un cuento,
 que, aunque es todo él mentira,
 tal vez se te haga cierto.
 Era como vos moza y era como vos linda
 y como vos tenía por ojos dos luceros,
 ande se ahicharraban de un corazón las alas,
 del corazón de un gáucho que se miraba en ellos.
 Era un cantor y pueta de esos que en la guitarra
 ponen en vez de cuerdas sus delicados nervios
 y cantan en sus "décimas" bravuras de los héroes
 y penas en sus "tristes", y amores en sus "cielos".
 Ella tuvo al principio p'al payador amante
 en los ojos ternuras y en la boquita besos...
 ¡Eran como palomas que van buscando el monte
 p'hacer entre los sáuces el nido de sus sueños!
 Dispués... ¿sabés, mi china, que está lindo tu mate?
 Más lindo que mi cuento;
 nos dés güelta a la yerba, seguí, seguí cebando,
 pa ver si se me apaga la sé que estoy sintiendo...
 Dispués... ¡Óigale el duro!
 ¿Sabés que no me acuerdo?
 Mirá, sacá esa astiya que está haciendo humareda...
 me yoran ya los ojos... prestáme tu pañuelo...

TIENTO SOBAO

¿Qué quién jué el curioso
 que me dio este perro?
 Náides; estos bichos, como el hombre zonzo,
 cuando los halagan se dan ellos mismos.
 Jué en un mes de agosto
 de no sé qué invierno,
 muy pocos días antes de morir de flaco
 mi cabayo overo,
 que cayó a mi rancho,
 maltratáo y rengo,
 y clavó en las mías sus pupilas tristes,
 sus pupilas yenas de sombra y misterio.

¿Qué de ande vendría?
 ¡Vaya uno a saberlo!

Puede que viniese, como yo, del pago
de los desengaños y de los recuerdos!
Le tiré una achura,
y, aunque estaba hambriento,
sin hacerle caso, me miró de un modo
como si dijera: "No vengo por eso".
Aunque sea zoncera,
pensé yo por dentro:
¡Quién sabe estos bichos no sufren de amores
y, como al cristiano, los matan los celos!...
Y viendo en tropiya
venir mis recuerdos,
le hice unas caricias y, dende esa tarde,
pa los dos alcanza mi pan y mi techo.
Mientras tomo mate
s' echa cerca el juego,
y cuando al dormirse siento que soyzoa
como si al pasado lo golviese el sueño,
se enrieda en la trenza
de más pensamientos
este tiento, suave, de tanto sobarlo:
"Mujeres y perros... tuitas son lo mesmo".

INSOMNIO

I

Es de noche; pasa
Rezongando el viento
Que duebla los sauces
Causi contra el suelo.
En el fondo oscuro
De mi rancho viejo
Tiráo sobre el catre
De lecho de tientos,
Aguáito las horas
Que han de tráerme el sueño,
Y las horas pasan,
Y ni yo me duermo,
Ni duerme en la costa
Del bañáo el tero,
Que ocasiones grita
No sé qué lamento
Que el chajá repite
Dende ayá muy lejos...

.....
¡Pucha que son largas
Las noches de invierno!

II

A través del turbio
Cristal del recuerdo
Van mis años mozos
Pasando muy lentos.
Y después qué gozo
Si a vivirlos güelvo,
Pensando en los de áhura
No sé lo que siento...
Noviyos sin guampas,
Yeguas sin cencerro,
Potros que se doman
A juerza e cabresto;
Bretes que mataron
Los lujos camperos,
Gáuchos que no saben
De vincha y culero,
Patrones que en auto
Van a los rodéos...

.....
¡Pucha que son largas
Las noches de invierno!.

III

La puerta del rancho
Tiembla porque el perro
Tirita contra ella
De frío y de miedo...
Tuito es hielo ajuera,
Tuito es frío adentro,
Y las horas pasan,
Y yo no me duermo;
Y, pa pior, en lo hondo
De mi pensamiento
Briyan escendidos
Dos ojos matreros
Que persigo al ñudo
Pa quedarme en ellos...
Son los ojos brujos
Que olvidar no puedo,
porque ya pa siempre
Robáronme el sueño.

.....
¡Pucha que son largas
Las noches de invierno!

EVARISTO CARRIEGO

(1883-1912)

EL GUAPO

A la memoria de San Juan Moreira
muy devotamente.

El barrio le admira. Cultor del coraje,
conquistó, a la larga, renombre de osado;
se impuso en cien riñas entre el compadraje
y de las prisiones salió consagrado.

Conoce sus triunfos y ni aun le inquieta
la gloria de otros, de muchos temida
pues todo El Palermo de acción le respeta
y acata su fama jamás desmentida.

Le cruzan el rostro, de estigmas violentos,
hondas cicatrices, y quizás le halaga
llevar imborrables adornos sangrientos:
caprichos de hembra que tuvo la daga.

La esquina o el patio, de alegres reuniones,
le oye contar hechos, que nadie le niega:
¡con una guitarra de altivas canciones
él es Juan Moreira, y él es Santos Vega!
Con ese sombrero que inclinó a los ojos,
con esa melena que peinó al descuido,
cantando aventuras, de relatos rojos,
parece un poeta que fuese bandido.

Las mozas más lindas del baile orillero
para él no se muestran esquivas y hurañas,
tal vez orgullosas de ese compañero
que tiene aureolas de amores y hazañas.

Nada se le importa de la envidia ajena,
ni que el rival pueda tenderle algún lazo:
no es un enemigo que valga la pena...
pues ya una vez lo hizo ca...er de un
[hachazo.

Gente de avería, que aguardan crüeles,
brutales recuerdos en los costurones
que dejara el tajo, sumisos y fieles,
le siguen y adulan imberbes matones.
Aunque le ocasiona muchos malos ratos,
en las elecciones es un caudillejo
que por el buen nombre de los candidatos
en los peores trances expone el pellejo...

Pronto a la pelea —pasión del cuchillo
que ilustra las manos por él mutiladas-

su pieza, amenaza de algún conventillo,
es una academia de ágiles vistedas.
Porque en sus impulsos de alma pendenciera
desprecia el peligro, sereno y bizarro,
¡para él la vida no vale siquiera
la sola pitada de un triste cigarro!...
...Y allá va pasando con aire altanero,
luciendo las prendas de su gallardía,
procaz e insolente como un mosquetero
que tiene en su guardia la chusma bravía.

EN EL BARRIO

Ya los de la casa se van acercando
al rincón del patio que adorna la parra,
y el cantor del barrio se sienta, templando,
con mano nerviosa la dulce guitarra.
La misma guitarra, que aún lleva en el cuello
la marca indeleble, la marca salvaje
de aquel despechado que soñó el degüello
del rival dichoso tajeando el cordaje.
Y viene la trova: rimada misiva,
en décimas largas, de amante fiereza,
que escucha insensible la despreciativa
moza, que no quiere salir de la pieza...
La trova que historia sombrías pasiones
de alcohol y de sangre, castigos crüeles
agravios mortales de los corazones
y muertes violentas de novias infieles...
Sobre el rostro adusto tiene el guitarrero
viejas cicatrices de cárdeno brillo,
en el pecho un hosco rencor pendenciero
y en los negros ojos la luz del cuchillo.
Y muestra, insolente, pues se va exaltando,
su bestial cinismo de alma atravesada:
¡Palermo le ha oído quejarse, cantando
celos que preceden a la puñalada!
Y no es para el otro su constante enojo...
¡A ese desgraciado que a golpes maneja,
le hace el mismo caso, por bruto y por flojo,
que al pucho que olvida detrás de la oreja!.
¡Pues tiene unas ganas su altivez airada
de concluir con todas las habladurías!...
¡Tan capaz se siente de hacer una hombrada
de la que hable el barrio tres o cuatro días!...
...Y con la rudeza de un gesto rimado,
la canción que dice la pena del mozo
termina en un ronco lamento angustiado,
como una amenaza que acaba en sollozo!

AL AMASIJO

Dejó de castigarla, por fin, cansado
de repetir el diario brutal ultraje,
que habrá de contar luego, felicitado,
en la rueda insolente del compadraje.
-Hoy, como ayer, la causa del amasijo
es, acaso, la misma que le obligara
hace poco, a imponerse con un barbijo
que enrojeció un recuerdo sobre la cara.-
Y se alejó escupiendo, rudo, insultante,
los vocablos más torpes del caló hediondo
que como una asquerosa náusea incesante
vomita la cloaca del bajo fondo.
En el cafetín crece la algarabía,
pues se está discutiendo
lo sucedido,
y, contestando a todos, alguien porfía
que ese derecho tiene sólo el marido...
Y en tanto que la pobre golpeada intenta
ocultar su sombría vergüenza, huraña,
oye, desde su cuarto, que se comenta
como siempre en risueño coro la hazaña.
Y se cura llorando los moretones
-lacras de dolor, sobre su cuerpo enclenque...-
¡que para eso tiene resignaciones
de animal que agoniza bajo en rebenque!
Mientras escucha sola, desesperada,
como gritan las otras... rudas y tercas,
gozando en su bochorno de castigada,
burlas tan de sus bocas... ¡burlas tan puercas!...

JUAN GUALBERTO GODOY (1793-1864)

CIELITO

De Buenos Aires escriben
que en la casa de Quiroga
se siente un olor a sogá
que asusta a los que allí viven.

Allá va, cielo y más cielo,
todos dicen que viene eso
de que le anda oliendo a sogá
a Juan Facundo el pescuezo.

Han puesto en el Paraná
un palo con un cordel
y la otra punta de aquél
en otro en Córdoba está.

Cielito, cielo que sí,
cielito, cielo que no,
al que adivine su objeto
las albricias le doy yo.

López al ver el cordel
dijo a Rosas al instante,
compañero, el consonante
de cordel es Juan Manuel.

Allá va, cielo cielito,
y Rosas le ha contestado
que un cordel bien enebado
dice Estanislao a gritos.

Cuando la disputa oyó
que había sobre un cordel
vino D. Tomás Manuel
y al oírla se desmayó.

Cielo, cielito divino,
cielito del cascabel,
¿qué habrá que al nombrar cordel

se desmaya Macuquino?

Plata Blanca dió un bostezo
y dijo a todos, a mí,
desde que ese cordel vi
me incomoda en el pescuezo.

Cielito, cielo que sí,
Cielo de la montonera,
Cordeles hay donde quiera,
Plata Blanca para ti.

El Lucero que es testigo
del susto espantoso y cruel,
que a todos de aquel cordel
dice ahora ésta es conmigo.

Allá va cielo y más cielo,
cielito del italiano
alarife de un tirano,
puedes apurar el vuelo.

Esta va por despedida
y por despedida va:
el cordel del Paraná
a muchos tiene sin vida.

Cielito, cielo que no,
cielito de hermosa espera
de esta hecha la montonera
para siempre se acabó.

CARTA A ROSAS

(FRAGMENTO)

...Yo soy un paisano viejo
que huyendo de sus cariños
cerca de veinte años cuento
de andar fuera de mi pago
sin destino ni concierto.

Como bola sin manija,
como avestruz contra el cerco,
pero como no se olvida
ese pedazo de suelo,
en que con el primer hambre
nos acercamos al fuego,
y el primer churrasco asamos
que cuando niños comemos;

esta tierra que los libros
llaman Patria y los puebleros,
tampoco yo he olvidado
mi pago, señor, y quiero
que nunca se quede atrás
de los más pintados pueblos...

ESPINELA DE LOS DOS CABALLITOS

Paisanos: dos caballitos
son la señal de mi lista:
el que quiera eche la vista
y los verá tan bonitos;
ellos dicen a toditos
los vecinos de Mendoza,
que todo paisano goza
la libertad de votar,
sin que le pueda obligar
ninguno a hacer otra cosa.
Después de los caballitos
amarillos o dorados
o blancos, bien imprentados,
siguen los nombres escritos
de los hombres más aditos
a nuestra Constitución;
hagan pues comparación
con los que cada uno ve
en esa lista de a pié,
y hagan después su elección.
Así no podrán decir
que yo les vengo a engañar
pa que vayan a votar
ni a quien deben elegir,
por mi parte i de seguir
mi idea, y declararé
que yo me recostaré,
aunque me quede solito,
a la que anda en caballito
y no a la que viene a pie.
Pero que no anden como antes
se usaba en las elecciones,
mandando como patrones
los señores comandantes;
sepan pues que aunque inorantes
ya tan a ciegas no estamos,
v pa que nos manden como amos
y que a todos nos asusten:
voten ellos por quien gusten
nosotros por quien queramos;
no se nos quiera meter

a camisa de once varas,
porque más de cuatro caras
amarillas se han de ver,
les imos de obedecer
en las cosas de servicio;
imos de ir al egersisio,
y a las guardias sin chistar;
pero si mandan votar,
no les irnos de hacer juicio (*)

(*) Alude a una lista electoral que, encabezada con la viñeta de dos caballitos, impresa en papel rosado, debió de servir como señuelo para los votantes analfabetos, allá por el 1858, según informa Ricardo Rojas.

MARTIN GOYCOECHEA MENENDEZ (1877-1906)

LA MONTONERA

Flamean en el viento las banderolas
y se encrespan las crines y las melenas,
y aúnan al reflejo de las arenas
su brillo diamantino las tercerolas.
Los pañuelos anudan sus rojas golas
a las bravas gargantas de insultos llenas,
y el prepotente puño muestra las venas
donde pinta la sangre violadas olas.
Se encabritan los potros en el sendero,
las virolas responden en el apero
a las dulces milongas de las cigarras.
Y en el hinchado lomo los mocetones
van llevando la carga de sus canciones
pendientes de las cuerdas de las guitarras

RICARDO GÜIRALDES

(1886-1927)

SOLO

Está el llano perdido en su grandura.
La tarde, sollozando púrpura, aquieta
las coloradas vetas
que depura.
De la cañada el junquillal sonoro,
en rojo y oro,
detiene jirones de color,
que haraganean, lentos
sus últimos lamentos.
No hay ni hombre, ni poblado.

AL HOMBRE QUE PASÓ

Símbolo pampeano y hombre verdadero,
generoso guerrero,
amor, coraje,
¡Salvaje!
Gaicho, por decir mejor.
Ropaje suelto de viento
protagonista de un cuento
vencedor.
Corazón
de afirmación.
Voluntad
de lealtad.
Cuerpo "morrudo" de hombría,
peregrina correría
que va tranqueando los llanos,
con la vida entre las manos
potentes de valentía.
Vagabunda rebeldía.
Carne de orgullo y destreza,
alma que tiene corteza,
pues no hay viento
ni lamento,
que penetre en su rudeza
ni doble, de su cabeza,
la arremangada fiereza.
En su melena asoleada,
que va de luz revolcada,

a la oración,
flotando está una intención.
Quiso libertad, la tuvo;
y en su batallar, no hubo
quien le impusiera derrota.
Su sangre, gota por gota
demostró que era ilusoria,
para otros la victoria,
y escribió roja su historia.
Pero hoy el gaucho, vencido,
galopando hacia el olvido,
se perdió.
Su triste ánimo en pena,
se fue, una noche serena,
y en la Cruz del Sur, clavado,
como despojo sagrado,
lo he yo.

JUAN MARIA GUTIERREZ

(1809 – 1878)

A MI CABALLO

Rey de los llanos de la patria mía,
mi tostado alazán; ¡quién me volviera
tu fiel y generosa compañía
y tu mirada inteligente y fiera!
¿Has llorado por mí? ¿Cuándo otra mano
limpia el polvo a la crin de tus melenas,
recibes las caricias siempre ufano,
adviertes, alazán, que son ajenas?
Tu pobre dueño errante, vagabundo
tan sólo de recuerdos ha vivido,
y en todos los caminos de este mundo
la imagen de la patria le ha seguido.
Patria es amor, es entusiasmo, es gloria,
es el aliento de la vida humana,
la constante visión de la memoria,
el sueño de la noche y la mañana.
Tú mismo, el cuello de dolor doblado,
la nativa llanura abandonaste,
y el lago cristalino y azulado
en el rico pesebre recordaste.
¡Es tan hermoso el cielo! ¡son tan bellos
los astros que en el Plata se reflejan!
¡Con renegridos ojos y cabellos,
esclavo el corazón sus hijas dejan!
Crecen allí las flores y las mieses
sin el cansancio de la frente humana,
y señala el camino de los meses
fruto sabroso que perfume emana...
¿Te acuerdas, mi alazán, de aquella
[aurora
cuando llegando a la ventana mía,
hallaste mi cabeza indagadora
ante el libro doblado que mentía?
Ya del Oriente el resplandor, velaba
del lucero de amor la mustia lumbre,
y la aromada brisa que reinaba,
el pecho me llenó de mansedumbre.
Un no sé qué sentí; como incompleto
mi ser me pareció, tendí los brazos,
y sólo sombras y silencio quieto
halló mi corazón hecho pedazos.

Era el amor, la luz de la existencia
que en mi inocente corazón nacía,
y a mi joven incauta inexperiencia,
placeres y deleites prometía.
¡Placer... deleite!, espinas y dolores
sólo encontré cuando clavé los ojos
en los de una mujer, tan seductores,
que alfombra hizo a su pie de mis
[despojos.
¡Oh! yo la amé cual se ama la primera,
la vez primera que el amor sentimos,
cuando está el corazón en primavera
y al sol de las pasiones nos abrimos.
La idolatré, y hasta la estampa leve
besé de sus pisadas vagarosas,
sobre la hierba de la senda breve
formada de jazminos y de rosas.
Y en la arena de mi patrio río,
cuando Ella entre las bellas argentinas,
en las auroras dulces del estío
se bañaba en las ondas cristalinas.
Tú, mi alazán, amigo fiel ausente,
más de una vez has inundado el seno
de otro alazán fogoso y diligente,
con la argentada espuma de tu freno.
Tus huellas a las tuyas confundidas
se vieron muchas veces en la arena,
cuando en voces del alma desprendidas
conversaba de amor con mi morena.
Tú conocías como yo el sendero
por mi amada en los campos preferido,
y el paso redobladas placentero
de mi impaciente látigo al chasquido.
Más de una vez desde tu inquieta espalda
de flores despoblé la enredadera,
para adornar su sien de una guirnalda
que jugase en su negra cabellera.
Tú, entre las calles de mi patria hallabas,
puesto ya el sol, su calle y su ventana,
e inclinando la frente te parabas
ante la que era el sol de mi mañana.
¡Todo pasó, del pobre desterrado
en el variable pecho de la bella,
no hay ni un recuerdo del amor pasado;
ni en sus paternos campos una huella!

DOS JINETES

Veloces van por la grama

Lanzando espumas y llama,
 Dos corceles,
Y en vez de polvo, levantan
Esencias puras que encantan,
 De claveles.
 Veloces pisan la grama
del arroyo que se llama
 Curupá,
 Cuya corriente serena
Llevan entre sauce y arena
 Sus zarzas al Paraná.
 Alazán es el uno
 Y el otro moro;
Cada una de las crines
 Vale un tesoro;
Vuelan como las aves
 Libres del cielo;
Apenas si la alfombra
 Tocan del suelo.
Relinchan sacudiendo
 Leves melenas,
 Y fogosos dilatan
 Sus anchas venas.
A veces acercando
 Cuellos y frentes,
Parece que se dieran
 Besos ardientes;
 O que indiscretos,
De sus dueños dijeran
 Dulces secretos.
El alazán en sus espaldas lleva
 Una moza del pago,
 Gallarda a toda prueba,
Pero rebelde al amoroso halago.
 Las galas del domingo
Ostenta en el collar de la garganta,
Y cuelga al flanco de su airoso pingo
 Una vistosa manta.
 Descuida en la carrera
La renegrada y lisa cabellera;
 Y llevando una mano
Al lino leve que le cubre el seno,
 Al ver su empeño vano
Esconde el rostro de sonrisa lleno.
 Tan sólo permanece
 En su frente tostada,
 Una diamela que su talle mece
En sus esencias mismas embriagada.
Quiebra los bríos del ardiente moro
Un mocetón a cuyo labio asoma,
 Como flor del aroma,
 Vello sutil de la color del oro;

Y no menos dorado
Que el pelo de la barba, su cabello
Le azota ensortijado
El ancha espalda y el nervudo cuello.
De un leve poncho las rojizas rayas
Bájanle en rededor a confundirse
Con el fleco y las mallas
Del ancho calzoncilo;
Y la estrella de acero
De su bruñida espuela,
Hace sonar ligero
En la carona de bordada suela.
Impaciente de amor, a su caballo
Ha soltado la brida,
Y a par de él, como rayo,
Galopa el alazán de su querida.
Clava en ella una mirada
Que parece acompañada
Con sangre de corazón,
Y con la voz conmovida,
Con la mejilla encendida,
La pide la blanca flor;
Le dice: ¿acaso más bello
Parecerá tu cabello
Porque esa flor esté en él?
A la amorosa paloma
Que tiene nido en la loma
La basta su candidez.
¿Por dehojarla en el viento,
Por quemarla con mi aliento,
Qué exiges, bella, de mí?
¡Lo atestiguo con los cielos!
Esa flor me causa celos
Y quisiera ver su fin.
Silencio guarda la moza,
Y en actitud cavilosa
Acaricia su alazán:
Más, la diamela arrancando,
La contempla suspirando
Y con lágrimas la da.
Pasa la flor a la mano
Del que pretende tirano
Privarla de su esplendor...
Pero no le da la muerte,
Que, dichoso con su suerte,
La lleva hacia el corazón.
Y mostrando a su querida
Con la mano de la brida
La espesura de un ombú;
allí, le dice, hay un lago,
Que nos brinda con halago
Los misterios de su azul:

Coronado del cabello,
Como el de un cisne, tu cuello
En el agua jugará,
Y mi mano afortunada
En el lago, deshojada,
Esta flor arrojará.

ADOLFO LAMARQUE

(1852 – 1888)

CANTO DE GUERRA DE LOS QUERANDIES

I

¡Del Paraná, señores, el llano sin fronteras,
vagar queremos libres! ¡Las armas extranjeras
nunca han llegado aquí!
La no domada tribu valor y fe atesora.
y fuerte nuestro brazo, arroja silbadora
la flecha querandí!

II

Otra arma, de su flanco el Querandí desata,
¡que como el viento vuela, que como el rayo mata:
la bola Querandí!
No hay tribu que como ésta enderezarle sepa;
es arma querandina: su patria es la ancha estepa
del Tubichá moní!

III

Son nuestros esos llanos do caban mil naciones
de pajonal cubiertos, que hermosas brillazones
transforman en un mar;
son nuestros esos lagos que alternan con las lomas,
do cisnes y flamencos y garzas y palomas
se miran jugar.

IV

¡Los médanos son nuestros do el águila se posa,
la copa de las palmas, la arena deliciosa,
la sombra del ombú;
de la calandria el canto que el ánimo enajena,
el seibo de flor roja, los prados de verbena,
las ondas del Guazú!

V

¡Para alcanzar el término de larga travesía
los aires y los llanos nos dan su cacería,
su pesca el río-mar;

y libres recorreremos después de la batalla
en campo de victoria y nuestra sed acalla
la sangre del jaguar!

VI

¡Que vengan los que quieran probar nuestra bravura!
¡cual huracán rugiente que arrasa la llanura
sobre ellos nos tendrán!
Se place en la pelea el Querandí guerrero
y con valor se bate, porque no teme fiero
ni el trueno de Tupán!

VII

¡Que crucen en sus naves el Paraná anchuroso!...
al abordaje intrépido del Querandí animoso,
su audacia pagarán!
¡Que asienten en un plano del llano sus moradas!
¡cual "quemazón" que agita mil ondas inflamadas,
ardiendo las verán!

VIII

Vencido el enemigo querrá escapar en vano:
nosotros alcanzamos la gama que en el llano
va huyendo hasta el confín:
vencido el enemigo, su anonadada empresa
ejemplo será al mundo; su lívida cabeza
será nuestro botín!

IX

Si vienen como hermanos, con ellos gozaremos
de un cielo siempre puro; con ellos libaremos
en paz el abatí.
Si guerra quieren... ¡guerra! de asalto y emboscada
¡Tal vez será destuída... mas nunca esclavizada
la tribu Querandí!

CLAUDIO MAMERTO CUENCA (1812 - 1852)

EL PAMPERO

De las brisas y vapores
de aquel solitario suelo,
tan inmenso como el cielo,
que allá entredivisa el hielo
de los Andes relumbrar;
Y de los hábitos vagos
de los espíritus magos,
que en sus llanuras sin lagos
deben sin rumbo vagar;

Y de la bruma y del aire,
la sequedad y el rocío,
de la templanza y del frío,
el misterio y el vacío
de la llanura del Sud:
naces, Pampero, cual nace
todo aquello que Dios hace,
cuando a los designios place
de su eterna rectitud.

Y como hijo de la Pampa
que ocupa medio hemisferio,
y extiende hasta allá su imperio
donde ciñe el cielo aereo
de los Andes la alba sien;
eres como ella un coloso,
inconmensurable, asombroso,
genio inculto y misterioso,
nacido en silvestre edén.

Cada grano del desierto
te da un soplo de existencia:
cada planta en floescencia
te da un átomo de esencia.
Cada brisa una impulsión;
cada palmo de verdura
un soplido de frescura;

cada arroyo de agua pura
una grata emanación...

Cada páramo un ambiente,
cada florecilla un olor,
cada atmósfera un primor,
cada ave un trino de amor,
cada clima una virtud;
y cual lluvia de consuelo,
regalada por el cielo,
tú derramas en tu vuelo
la existencia y la salud.

Desde aquel llano sin fondo,
mar sin término ni puerto,
florido y verde desierto
donde sólo hay descubierto
cielo, tierra, espacio y luz;
misterioso caos y abismo,
tan solo igual a sí mismo,
que aun alzar del cristianismo
no ha visto la Santa Cruz:
Levantas tu vuelo mago
por el éter transparente,
y con tu ala omnipotente
cubres medio continente
desde los Andes al mar;
y del mar hasta el espacio
de oriflama y de topacio,
donde ostenta su palacio
el perpetuo luminar.

Y de la Pampa y del cielo
por donde a la vez caminas,
los mil perfumes hacinas
que para el solaz destinas
de tu querida ciudad;
y en su fresca cabellera
viértesle la copa entera
que llenó de media esfera
la fragante inmensidad.

Lluvia de gracia y ventura
con que fecunda la mano de
Dios a ese inmenso llano
donde aun de pie cristiano
no se ha impreso la señal:
y que por ti recogida
es a su labio ofrecida
como un néctar que da vida
a su pecho virginal.

Tú eres un genio amoroso
para la dueña del Plata,
con cuya presencia grata
su existencia se dilata,
se expande su corazón:
tú das a sus fuerzas brío,
frescura a su ardiente estío,
bonanza a su inquieto río,
y a su genio inspiración.
Tú derramas en sus venas
vida, salud, alegría;
tú haces festivo su día,
risueña su noche umbría,
su existencia de envidiar:
tú la besas en la frente,
y se agitan de repente
las creaciones de su mente
como las olas de un mar.
Tú fecundas su vigilia,
tú le inspiras grato sueño,
tú conviertes en risueño
el acaso esquivo ceno que
disfraza su beldad:
das facundia a sus letrados,
clemencia a sus magistrados,
valentía a sus soldados,
y a su industria actividad.

Empavonas sus jardines,
aromatizas sus flores,
desvaneces sus rencores,
multiplicas sus amores,
le inspiras hilaridad:
y de su asta en la cimera
haces flamear la bandera
que al par que en el Plata impera
custodia su libertad.

Bajo tu místico influjo
se volcaniza y se inspira
de sus poetas la lira
que en blandos versos delira
con su bello porvenir;
Y de sus pintores mana
bajo la brocha liviana
del albayalde y la grana
creación que no ha de morir.

Cuando reinas, en el aire
hay algo que el alma halaga:
una cosa etérea y vaga
que regocija y embriaga

cuanto tocas al pasar;
y es Pampero, de tu esencia
la vivificante influencia
que derrama la existencia
desde los Andes al mar.

JOSE DE MATURANA (1884-1917)

PATIO CRIOLLO

Bajo la alegre mañana
que desparrama su gozo,
ensaya versos al pozo
la cantadora roldana.
Un cielo de porcelana
prende en el día su rosa;
y junto al brocal la moza,
al mirarse en el reflejo,
piensa en el único espejo
que la dice que es hermosa...
Perfumando los cedrones
están del patio a lo largo,
donde a veces, sin embargo,
suelen brillar los facones...
Sus más alegres canciones
allí los zorzales dan;
con incomparable afán
la abuela al niño adormece,
y en el hornito se cuece
el bien amasado pan.
En el alambre tendido
el viento bate los trapos
entre el cantar de los sapos
junto al cerco florecido.
El chingolo entristecido
da en el sauce su canción;
y hacia un lado del fogón,
están, por buena ventura,
sancochando alguna achura
las ollas del chicharrón...
En un continuo cantar,
bravo, el gallito se encela,
y la puntiaguda espuela
acusa ansias de pelear.
El buen grano triturar
se oye, afanoso, al mortero.
Y, el moño en el clavijero,
en criolla actitud bizarra,
colgando está la guitarra
de una caña del alero.
En la tranquera, ensillando,

y goteando espuma roja,
tascando está la coscoja
un obscuro bien plantado.
Flexible lazo trenzado
cae del pingo sobre el anca,
y avasallando la tranca
desátase a relichar,
la tropilla al divisar
sobre la verde barranca.
El bravo perro guardián
desde unas matas enseña
a la gente lugareña
sus dos ojos de Satán...
"Por aquí no pasarán",
grita con obstinación,
que por cuidar al patrón
nunca cesa en su ladrido,
y en las moscas, al descuido
afila su tarascón.
Bajo el sol que quema fiero,
en el vecino corral,
con hondo amor maternal
lame la vaca al ternero.
Revolando el terutero.
Revolando el terutero
cruza del patio a la orilla;
la mariposa amarilla
préndese a la abierta flor,
y el viento trae el olor
del trébol y la gramilla.
Canta en el ombú frondoso
que amoroso el rancho ampara
la cigarra de voz clara
el año lindo y dichoso.
Hunde el sauce, pesaroso,
sus ramas en el canal,
y como un canto triunfal
modulado en un alarde
suena al morir de la tarde
la guitarra nacional.

JUAN BALTASAR MAZIEL

(1727 - 1788)

CANTA UN GUASO

en estilo Campestre los Triunfos del Excmo. Señor Don Pedro de Cevallos.

Aquí me pongo a cantar
abajo de aquestas talas,
del maior guaina del mundo
los triunfos y las gazanás.
Del señor de Cabezón
que por fuerza es camarada
de los guapos Cabezones
que nada tienen de mandrias.
Hé de puja, el caballero,
y bien vaia toda su alma
que a los portugueses jaques
a surrado la badana.
Como a obejas los ha arriado
y repartido en las pampas
donde con guampas y lazos
sean de nuestra lechigada.
De balde eran mis germanos
sus cacareos y bravatas,
si al columbear a Cevallos
no lo hubo así el come Bacas.

O más aina: come gente,
vuestro Don Pina Bandeira
salteador de la otra Banda,
que allá por sus andurriales
y siempre de disparada,
huyendo como abestruz
aun se deja atrás la gama...
Ya de Santa Catalina
las batatas y baranjas
no le darán en el pico
aunque más griten chicharras.
Su colonia raz con raz,
dis que queda con la plaza,
y en ella i cuando la otra
harán de azulejos casa?
Perdone señor Cevallos
mi rana silvestre y guaza,
que los germanos de Apolo
no habitan en las campanas.

BARTOLOME MITRE

(1821 – 1906)

A UN OMBU EN MEDIO DE LA PAMPA

Aquí estás, ombú gigante
A la orilla del camino,
Indicando al peregrino
No siga más adelante
En la llanura sin fin.
Tú señalas las barreras
Que dividen el desierto,
y oyes el vago concierto
Que alzan las auras ligeras
De la pampa en el confín.
Eres la verde guirnalda
De la cabaña pajiza,
Que vas marchando de prisa
Con el pasado a tu espalda
Y a tu frente el porvenir.
Donde huye el indio salvaje
Y el cristiano se adelanta,
Tu cabeza se levanta
Susurrando tu ramaje:
"El rancho llegó hasta aquí".
Eres lo último que muere
De la morada del hombre,
Y sin registrar un nombre
Estás contando al viajero
Memorias de hoy y de ayer.
Al proseguir tu carrera
Por la llanura extendida,
Sobre tu cima florida
Hoy alzas en la frontera
El pendón de nuestra fe.
¿Qué ves más allá? ¿La pampa
Que en contorno se dilata,
El arroyuelo de plata,
El toldo en que el indio acampa,
O el inmenso pajonal?
Tú miras allá a lo lejos
Al trasponer aquel monte
En el remoto horizonte,
Como en mágicos espejos
Lo que es y lo que será.
Miras la pampa argentina

De ciudades matizada,
Y por mil naves surcada
La laguna cristalina
Que hoy cubre verde juncal;
Miras la pobre cabaña,
Que en palacio se transforma,
Y que al tomar nueva forma,
Con nuevas luces se baña
Su contorno natural.
Miras al indio tostado,
Que lanzando un alarido,
Va huyendo despavorido
Por el llano dilatado,
En pavoroso tropel;
Seguido del tigre fiero
Que abandona su dominio,
Hay teatro de exterminio,
Y tras él, el jornalero
Que las transforma en vergel.
No pases más adelante,
Que más lejos, abatido,
Marchito y descolorido
Verás al ombú gigante
Hoy de la pradera rey:
Y en su lugar la corona
Verás alzarse del pino,
Que unido al hierro y al lino
Sirve al hombre en toda zona
Para dar al mundo ley.
Ese destino te espera,
Árbol, cuya vista asombra,
Sin dar al rancho madera,
Ni al fuego una astilla dar;
Recorrerás el desierto
Cual mensajero de vida,
Y, tu misión concluída,
Caerás cual cadáver yerto
Bajo el pino secular.

A SANTOS VEGA PAYADOR ARGENTINO

Cantando me han de enterrar,
Cantando me he de ir al cielo.
Santos Vega
Santos Vega, tus cantares
No te han dado excelsa gloria,
Mas viven en la memoria
De la turba popular;
Y sin tinta ni papel

Que los salve del olvido,
De padre a hijo han venido
Por la tradición oral.
Bardo inculto de la pampa,
Como el pájaro canoro
Tu canto rudo y sonoro
Diste a la brisa fugaz;
Y tus versos se repiten
En el bosque y en el llano,
Por el gaucho americano,
Por el indio montaraz.
¿Qué te importa si en el mundo
Tu fama no se pregona,
Con la rústica corona
Del poeta popular?
Y es más difícil que en bronce,
En el mármol o granito
En la memoria tenaz.
¿Qué te importa? ¡si has vivido
Cantando cual la cigarra,
Al son de humilde guitarra
Bajo el ombú colosal!
¡Si tus ojos se han nublado
Entre mil aclamaciones,
Si tus cielos y canciones
Por tradición vivirán!
Cantando de pago en pago,
Y venciendo payadores,
Entre todos los cantores
Fuiste aclamado el mejor;
Pero al fin caíste vencido
en un duelo de armonías,
Después de pagar dos días:
Y moriste de dolor.
Como el antiguo guerrero
Caído sobre su escudo,
Sobre tu instrumento mudo
Entregaste tu alma a Dios;
Y es fama, que al mismo tiempo
Que tu vida se apagaba,
La bordona reventaba
Produciendo triste son.
No te hicieron tus paisanos
Un entierro majestuoso,
Ni sepulcro esplendoroso
Tu cadáver recibió;
Pero un pago te condujo
A caballo hasta la fosa,
Y muchedumbre llorosa
Su última ofrenda te dio.
De noche bajo de un árbol
Dicen que brilla una llama,

Y es tu ánima que se inflama,
¡Santos Vega el Payador!
¡Ah! ¡Levanta de la tumba,
Muestra tu tostada frente,
Canta un cilo derrepente
O una décima de amor!
Cuando a lo lejos divisan
Tu sepulcro triste y frío,
Oyen del vecino río,
Tu guitarra resonar.
Y creen escuchar tu voz
En las verdes espadañas,
Que se mecen cual las cañas,
Cual ellas al suspirar.
Y hasta piensan que las aves
Dicen al tomar su vuelo:
"¡Cantando me he de ir al cielo
"Cantando me han de enterrar!"
Y te ven junto al fogón,
Sin que nada te arrebate,
Saboreando amargo mate
Veinticuatro horas pagar.
Tu alma puebla los desiertos,
Y del Sud en la campaña
al lado de una cabaña
Se eleva fúnebre cruz;
Esa cruz, bajo de un tala
Solitario, abandonado,
Es símbolo venerado
En los campos del Tuyú.
Allí duerme Santos Vega;
De las hojas al arrullo
Imitar quiere el murmullo
De una fúnebre canción,
No hay pendiente de sus gajos
Enlutada y mustia lira,
Donde la brisa suspira
Como un acento de amor.
Pero las ramas del tala
Son cual arpas sin modelo,
Que formó Dios en el cielo
Y arrojó a la soledad;
Si el pampero brama airado
Y estremece el firmamento,
Forman místico concierto
El árbol y el vendaval.
Esa música espontánea
Que produce la natura,
Cual tus cantos sin cultura,
Y ruda como tu voz,
Tal vez en noche callada,
De blanco cráneo en los huesos,

Produce los tristes ecos
Que oye el pueblo con pavor.
¡Duerme, duerme, Santos Vega!
Que mientras en el desierto
Se oiga ese vago concierto,
Tu nombre será inmortal;
Y lo ha de escuchar el gaucho
Tendido en su duro lecho,
Mientras en pajizo techo
Cante el gallo matinal.
¡Duerme! mientras se despierte
Del alba con el lucero
El vigilante tropero
Que repita tu cantar,
Y que de bosque en laguna,
En el repunte o la hierra,
Se alce por toda esta tierra
Como un coro popular.
Y mientras el gaucho errante
Al cruzar por la pradera,
Se detenga en su carrera
Y baje del alazán;
Y ponga el poncho en el suelo
A guisa de pobre alfombra,
Y rece bajo esa sombra,
¡Santos Vega, duerme en paz!.

EL PATO

I

Clara, bella y perfumada,
Era una tarde serena,
De esas tardes en que el cielo
Todas sus galas ostenta,
En que la brisa y la flor
Nos hablan con voz secreta,
En que las bellas inspiran,
En que medita el poeta,
En que el infame se esconde,
En que el pueblo se recrea.
Y matizando la alfombra
De una extendida pradera
Se ve una alegre cuadrilla
Con sus vestidos de fiesta,
Porque cien gauchos reunidos
Las pascuas de Dios celebran.
En las ancas del caballo
Cada cual lleva su bella,
El que ufano con su carga

Bate el suelo con soberbia,
Mientras que el viento levanta
 La nevada pañoleta,
 Que acaricia las mejillas
Del jinete a quien estrecha
 Tal vez por no resbalar...
 Quizá de puro coqueta.
No llevan collares de oro,
 Ni caravanas de perlas,
Ni relucientes sombreros,
 Ni corbatines de seda:
Humildes son los vestidos
Que las mujeres ostentan;
 Y bajo pieles curtidas
 Y de ponchos de bayeta
 Aquel rústico gauchaje
Alma independiente alberga
 Como el tosco ñandubay
 Bajo su áspera corteza
Roba a la vista del hombre
 Del corazón la belleza.

II

Encima de una loma
Se ven a las muchachas
Haciendo con donaire
 Pañuelos agitar;
Y en tanto, en la llanura
 En círculo, formados,
 Se ven de los jinetes
 Los ponchos ondear.
 Sus ojos resplandecen
 Radiantes de alegría,
Que templa con sus sombras,
 Del rostro la altivez.
 Con juegos herculáneos
 Festejarán el día,
Que el pueblo hasta jugando
 Respira robustez.
 Diríase campeones
 Que esperan la pelea
Que anuncian con estruendo
 Las lenguas del clarín:
La inercia los consume,
Mas si el cañón humea,
 Con varonil coraje
 Buscan glorioso fin.
 Tal vez unas carreras
 Esperan a porfía
 Para cubrir de palmas
 Al potro más veloz...

Mas no, todos desean
Robustecer el alma,
Por eso ¡El pato! ¡El pato!
Repiten a una voz.
¡El Pato! ─ juego fuerte
Del hombre de la pampa,
Tradicional costumbre
De un pueblo varonil
Para templar los nervios,
Para extender los músculos
Como en veloz carrera,
En la era juvenil.
Las fiestas populares
De un pueblo de valientes
Semejan a las rudas
Caricias del león,
Porque el pampero raudo
Batiendo en esas frentes
Parece que inocular
Vigor al corazón.
Ya todos se aprestaban
A comenzar la pugna,
Asiendo de las garras
Con fuerza de titán:
Los pies en los estribos
Apoyan con pujanza,
Y esperan afanosos
De jefe la señal.
Las madres, las esposas
Contemplan aquel grupo,
Pendientes del latido
Del brazo muscular;
Mas de repente vese
Que las manijas sueltan,
Y se oye entre el corrillo
Sordo rums vagar.
¡Quién les armó la fuerza
De los cincuenta brazos,
Que un pingo gigantesco
Podrían sacudir?
Dos hombres que se acercan
Al medio de la liza,
Y muestran ser campeones
Que quieren combatir.

III

El uno es Diego Zamora
Apellidado el "valiente"
Cuya daga vencedora
A sus contrarios devora
Y es el terror de la gente.

Su mirada decidida
y negra su cabellera;
Y una sonrisa atrevida
Del labio está suspendida
Revelando un alma fiera.
Lleva un facón en la falda.
Lleva un poncho balandrán
Terciado por media espalda,
Y del campo la esmeralda
Huella en un potro alazán.
El otro es Pedro de Obando,
Compañero de fatigas
De Zamora, y peleando
Anda con él desafiando
Las partidas enemigas.
Estriba con bizarría
Y la espuela nazarena
Suspira en dulce armonía,
Como grillos a porfía
Lloran del preso la pena.
Guapos el Pago los llama,
Y el alcalde salteadores,
Pero publica la fama
Que no la avaricia inflama
Su pecho en vivos ardores.
Ligados por nudo fuerte,
Los dos siguen un camino;
Hermanos de vida y muerte
Aceptan la misma suerte
Bajo el yugo del destino.

IV

Adelantóse Zamora
Y sujetando la rienda,
Pidió parte en la contienda
Con altanera atención.
Todos a una voz gritaron
"Que entren Zamora y Obando".
Y entonces el pato tomando,
Zamora con él salió.
Picaron todos de espuelas
Galopando a rienda suelta
Para procurar la vuelta
Del jinete vencedor;
Mas en vano corren, vuelan,
Gritan, pegan, forcejean,
Y resudan y espolean,
Y le siguen con furor.
Hasta que al fin un jinete
Lo alcanza, y con mano fija
Asiendo de la manija

Hizo el caballo cejar,
Pero Zamora con furia
Lo lleva de una pechada,
Dejando en tierra estampada
De un triunfo la señal.
Pero tres nuevos atletas
Dispútanle su presea,
Y él en tremenda pelea
La disputa a todos tres.
Forcejean, y tendidos
Furiosos luchan en vano
Por quebrantar una mano
Que hierro parece ser.
Crujen, se estiran los miembros,
Se hinchan de sangre las venas,
Y enronquecidos, apenas
Pueden el aire lanzar;
Mas él, firme en sus estribos
Como animado centauro
Disputa a todos el lauro
En combate desigual.
Llegan tres más, y Zamora
Con la presteza del rayo
Dando riendas al caballo
Las manijas les quitó:
Dos de ellos fueron al suelo
En pos del tremendo empuje,
Y el que queda firme ruge
De vergüenza y de furor.

V

Y corriendo
Desbandados,
Y empapados
En sudor,
A Zamora
Todos siguen,
Y persiguen
Con furor.
Ya lo alcanzan
O despuntan,
Ya se juntan
En redor,
Cual las hojas
De una planta
Que levanta
El ventarrón.
Cual relámpago
Flamígero,
El alígero
Alazán

Los zanjones
Que encontraba
Los salvaba
Sin parar.
Y por último,
Rendidos,
Alaridos
Dan de paz,
Y las gorras
Que se quitan
Las agitan
En señal.

VI

Zamora entonces levantando en alto
El pato, cual si fuese una bandera,
Detiene del caballo la carreta
Y le hace el freno con furor tascar,
Y así parado en medio de la pampa
Con su ademán a todos desafía;
Mas viendo que ninguno se movía
Dirige a todos la señal de paz.
Torció las riendas del soberbio bruto
Y a trote largo adelantándose al rato
llevando al lado el disputado pato
Que a gruesas gotas de sudor ganó;
Y al acercarse ante el vencido corro,
Se descinó del rostro su barbijo,
Y estas palabras atrevidas dijo
Que la turba entre aplausos recibió:
"Si hay quien dispute que gané la palma
"Átese al punto a la cintura un lazo,
"Que yo tan sólo con mi izquierdo brazo
"Jinete, y pingo, y pato arrastraré".
Nadie admitió su formidable reto:
Tan sólo Obando en ademán airado
Sacó del anca un lazo que arrollado
Una serpiente parecía ser.
Por la presilla lo fijó en su cuerpo
Y por la argolla se lo dio a su amigo
Quien se admiraba hallar un enemigo
En el hermano que le diera Dios;
Pero impulsado por feroz orgullo,
Asió del lazo en la siniestra mano,
Y a gran galope atravesando el llano,
Tirante el lazo entre los dos quedó.
Cual hosco toro que en lazada envuelto
Se niega altivo a obedecer la fuerza,
Y rebramando con furor se esfuerza,
Y aspa y pezuña quiere allí clavar,
Tal Pedro Obando con poder resiste

Al férreo brazo de que está pendiente,
Mientras el lazo entre los dos, crujiente,
Se ve como una víbora oscilar.
Silencio pavoroso en torno reina:
Enmudece el frenético alarido,
Y sólo se oye el fúnebre quejido
Del lazo palpitante entre los dos;
Mas de repente resonó un gemido
Dos espirales al formar el lazo,
Y en cada cual llevando su pedazo,
envuelto en él al polvo descendió.

EL CABALLO DEL GAUCHO

Mi caballo era mi vida,
Mi bien, mi único tesoro.
Juan M. Gutierrez
Mi caballo era ligero
Como la luz del lucero
Que corre al amanecer;
Al instante se veía
En los espacios perder.
Sus ojos eran estrellas
Sus patas unas centellas,
Que daban chispas y luz;
Cuando lejos divisaba
En su carrera alcanzaba,
Fuese tigre o avestruz.
Cuando rendía mi brazo
Para revolear el lazo
Sobre algún toro feroz,
Si el toro nos embestía,
Al fiero animal tendía
De una pechada veloz.
En la guardia de frontera
Paraba oreja agorera
Del indio al sordo tropel,
Y con relincho sonoro
Daba el alerta mi moro
Como centinela fiel.
En medio de la pelea,
Donde el coraje campea,
Se lanzaba con ardor;
Y su estridente bufido
Cual del clarín el sonido
Daba al jinete valor.
A mi lado ha envejecido,
Y hoy está cual yo rendido
Por la fatiga y la edad;
Pero es mi sombra en verano,
Y mi brújula en el llano,

Mi amigo en la soledad.
Ya no vamos de carrera
Por la extendida pradera
Pues somos viejos los dos.
¡Oh mi moro, el cielo quiera
Acabemos la carrera
Muriendo juntos los dos!

NEMESIO TREJO

(1862-1916)

UN CANTO DE CONTRAPUNTO

Era una noche preciosa
y serena de Febrero:
apenas débil pampero
soplaba en la falda hermosa,
apacible y majestuosa
la luna su luz tendía
sobre un rancho que existía
bajo el cerro del amor;
alumbrando el interior
de una pobre pulpería.
Poco a poco iban llegando
paisanos a la tranquera,
y los fletes solos rumiando,
todos fueron acercando
su asiento hasta el mostrador,
donde estaba un payador
muy quejumbroso entonando;
al son de un estilo blando,
una endechas de amor.
Después de cantar ardiente
sus desengaños pasados,
sus amores contrariados
y su situación presente,
dijo en tono muy valiente
y en una improvisación:
-"que igualando condición
y sin proponer asunto;
cantaba de contrapunto
con cualquiera en la ocasión."
Un simpático murmullo
precedió al severo reto,
cuando apareció un sujeto
con cierto tinte de orgullo,
templó el instrumento suyo
y arrancando un dulce son,
aceptó la invitación
que el otro cantor hacía,
diciéndole: -"que él venía
a medir su inspiración."
Se notó un gran movimiento
por la lucha que empezaba,

y en silencio platicaba
el paisanaje contento,
de la cifra el dulce acento
la vigüela hizo brotar,
y después de saludar
a la reunión con primores;
entraron los payadores
al arte de improvisar.
Una atmósfera candente
de humo y alcohol confundido,
envolvieron el quejido
del trovador incipiente,
combatiendo frente a frente
un tema filosofal,
sobre el hecho material
de la vida transitoria;
empezaron por la historia
del derecho natural.
Dijo el primero: -"la vida
es como un juego de taba,
si cae de suerte ganaba,
si al revés era perdida,
que estaba tan confundida
con el bien y con el mal,
que aunque era tan colosal
según la ciencia decía;
él, la miraba y tenía
como cosa muy trivial."
-"Está errao, dijo el contrario
con eco provocativo,
no es razonable el motivo,
ni seré su corolario;
en el canto soy corsario
porque creo con rigor,
que la vida es un primor
cuando hay placer y ventura
y no viene la amargura
a retoñar un dolor."
Empezó la lucha hiriente
entre ambos competidores
y subieron los ardores
del auditorio impaciente,
uno y otro diligente
su puya hacen relucir,
ninguno quiere rehuir
el encuentro comenzado;
Y un bando de cada lado
se aprestan a combatir.
Fue poco a poco aumentando
la tremenda algarabía
y una daga relucía
e iban los vasos volando,

los dos que estaban cantando
salieron en confusión,
con sus armas en acción
a ventilar la querella;
siguiendo la triste huella
de histórica tradición.

Y en una franca contienda
luchando a brazo partido,
cae uno a la tierra herido,
llorando su dulce prenda,
el pulpero en la trastienda
presenciaba con terror
el cuerpo del payador
que en su fúnebre agonía;
miraba la pulpería
causante de su dolor.

Quedó el vencido en el suelo
y el vencedor arrogante
montó en su pingo anhelante
y tendió rápido vuelo,
el tiempo corrió su velo
sobre este cuadro de honor,
y en el cerro del amor,
entre varias margaritas;
hay varias trovas escritas
del ínclito payador.